

Carlos Trujillo, *Si no fuera por la lluvia: Milton Rogovin en Chile*. Concepción, Chile: Okeldán, 2013. 290 pp. ISBN 978-956-8418-15-1

AURORA CAMACHO DE SCHMIDT*

Si no fuera por la lluvia es un libro singular. Su autor, afamado poeta y conocido profesor universitario de la Universidad de Villanova (Pennsylvania, Estados Unidos), ha realizado el trabajo de un detective persistente y un intérprete cultural con vastos recursos. Su trabajo re-escribe la historia de la llegada a Chile en enero de 1967 de Milton Rogovin (1909-2011), un genial fotógrafo norteamericano (casi desconocido hasta ese momento) que había sido perseguido por su política de izquierda. Poco previsor, deseaba ardientemente tomar fotografías de “los olvidados” de Chile. No hablaba español y viajaba sin su esposa Anne, compañera indispensable cuando se trataba de planear los detalles de cualquier traslado o visita al extranjero. A través de algunos amigos había logrado atraer la atención del insigne poeta chileno Pablo Neruda (Premio Nobel 1971), que le prometió orientarlo cuando viajara y escribir una introducción al libro que resultara de su trabajo fotográfico. Rogovin llegó a Chile, viajó a “la gran isla de Chiloé” en el sur por consejo de Neruda, se encontró incómodo “por la lluvia”, y cometió serios errores tales como irse sin ver a Neruda, quien había viajado a la pequeña ciudad de Ancud especialmente para verlo. ¡Y sin embargo produjo una obra fotográfica extraordinaria (en quince días) cuyo aprecio va en aumento! Para Carlos Trujillo era indispensable saber qué había pasado y cuáles eran las circunstancias del proyecto que Rogovin, mal entendedor, vio como una promesa de coautoría por parte de Neruda, además de haber esperado que el poeta se quedara con él en la zona donde Rogovin trabajaría por un espacio de dos meses.

El detallado ensayo introductorio a *Si no fuera por la lluvia* nos da un análisis puntual del diario de Rogovin y las cartas que se cruzaron entre él y un buen número de amigos chilenos de Pablo Neruda, aclarando los hechos. Además el libro contiene una cronología del viaje de Rogovin y



* Professor Emerita of Spanish and Latin American Studies, Swarthmore College, Swarthmore, Pennsylvania. Correo: Acamach1@swarthmore.edu

facsimiles del diario y la correspondencia que la familia pudo poner a la disposición del investigador, todo esto traducido al castellano, así como una colección de fotografías de los principales actores de este drama. Con un cuidado que no escatima el más mínimo detalle, el autor revela que el fotógrafo no estaba bien preparado para crear las condiciones óptimas para realizar el trabajo que tenía que hacer, y no pudo expresar claramente lo que necesitaba al hablar con los amigos de Neruda que lo ayudaron, aunque la mayoría hablaba inglés; tampoco entendió que Neruda no podía dedicarle más tiempo que los tres días en que lo recibió con su esposa Matilde en Isla Negra a su llegada. En las cartas que le escribe a su esposa después de salir de Chiloé, Rogovin va tratando de justificar la necesidad de su salida intempestiva en diversas formas y casi se convence a sí mismo de que era indispensable que se fuera. Un buen número de notas al pie de la página nos aclara los equívocos que surgen en los documentos facsimilares. Hay, pues, un deseo de buscar la verdad de este viaje difícil pero productivo. El texto resultante nunca deja de ser ameno a pesar de su rigor académico, como si se tratara de una conversación de sobremesa.

Sin embargo sería un grave error pensar que las correcciones de los hechos están destinadas a crear una imagen menos admirable de Milton Rogovin, o de menospreciar su obra chilena. Todo lo contrario. Este libro representa un homenaje de gratitud por parte de su autor para el hombre que dedicó su vida a dejar un testimonio viviente de la fuerza humana de gente olvidada por los poderosos. En ese sentido, Carlos Trujillo ha creado un puente entre dos países –Estados Unidos y Chile; dos lenguajes– el inglés y el español; dos tiempos –los años sesenta y el siglo XXI; y dos medios expresivos que son también dos artes– la fotografía y la palabra poética.

Seis años antes de *Si no fuera por la lluvia*, al publicar *Nada queda atrás: fotografías de Milton Rogovin y poemas de Carlos Trujillo* (Chile: Editorial Isla Grande, 2007) el poeta también había tendido un puente entre el Chile marítimo del sur y las metrópolis chilenas, permitiéndoles a sus lectores reconocerse en sus lejanos compatriotas, en sus rostros labrados por el sol, el invierno, la sal del mar, el duro trabajo y la vida, todavía más dura. Este hermoso libro contiene una selección de las fotografías de la gente de Chiloé que tomara Milton Rogovin en unos cuantos días lluviosos de verano (enero y febrero) de 1967. Carlos Trujillo escribió un poema sobre cada una de las 48 sugerentes imágenes elegidas, y algunos de ellos están entre los más finos de su extensa obra. En cierta manera el poemario llenó el hueco que había dejado Pablo Neruda en el ánimo de Rogovin cuando no escribió un poema para acompañar cada placa fotográfica. Trujillo sí lo hizo, él, que

recibió el Premio Neruda en 1991. Dejó que su poesía se pusiera en diálogo con las imágenes detenidas hacía cuarenta años. No las describió, sino que habló con ellas o les dio su voz, en el único lenguaje capaz de entrar en la urdimbre de esas composiciones en blanco y negro llenas de emoción y humanidad. “Mírenme el rostro / y verán al mundo entero”, dicen los versos finales de “De tiempo, tierra y polvo”, poema que acompaña a la fotografía de un anciano labriego. No podría haber un mayor homenaje a Rogovin que esta colección poética.

Milton Rogovin, cuya familia era de origen judío-lituano, se entregó a la fotografía en los años cincuenta, cuando su actividad política lo había hecho conspicuo ante el Comité de Actividades Antiamericanas, que combatía cualquier brote de comunismo, real o aparente. Rogovin practicaba la optometría en la ciudad de Buffalo, al norte del estado de Nueva York, profesión que habría de abandonar al apasionarse por el poder de la cámara. Ahí empezó su extraordinaria carrera como fotógrafo dentro de la tradición del testimonio o documental social. Para ese tiempo debe haber conocido muy bien las obras de Walker Evans y Dorothea Lange, quienes habían creado un registro fotográfico del costo humano de la Gran Depresión de los años treinta en los Estados Unidos con una obra de enorme valor humano y artístico. Rogovin había viajado a México y estaba en contacto con artistas pertenecientes al Taller de la Gráfica Popular, un centro de arte social fecundo que había surgido de la Revolución Mexicana, en donde vio el trabajo de grandes fotógrafos mexicanos y extranjeros cuyos objetos eran principalmente hombres y mujeres trabajadores, entre ellos muchos indígenas. En México había hecho, junto con su esposa Anne, amistad con los norteamericanos Pablo O’Higgins y Elizabeth Catlett, quienes seguramente le ayudaron a moverse en un mundo cuya lengua le era desconocida, como bien discierne Trujillo. Conoció también a Paul Strand, connotado fotógrafo y cineasta neoyorquino, mucho mayor que Rogovin, para quien México se había convertido en una segunda patria. A mediados de los sesenta, antes de que Rogovin fuera premiado y ampliamente conocido como el gran fotógrafo que era, fotografió a la gente de Chiloé, en especial a sus principales poblaciones norteñas de Quemchí y Ancud, además de los pequeños pueblos de Choén y Quicaví en la costa, pero también la isla de Caucahué.

En una conferencia realizada en Villanova University en 2004 para celebrar el centenario del nacimiento de Pablo Neruda, el profesor Trujillo se enteró mediante una amiga de Ellen Rogovin, hija de Milton, de que el fotógrafo estaba ansioso por identificar a la mujer que había captado en una hermosa fotografía de ella y su pequeña hija en la población de Quemchí,

imagen que con el tiempo había titulado “Madonna”. Trujillo puso en movimiento toda su red de contactos en Chiloé, y al poco tiempo habían sido identificados no solamente ella, llamada Sylvia Huentelicán, sino un buen número de sujetos captados por la lente de Rogovin casi cuarenta años atrás. En el lapso de esas décadas la fama del artista había crecido. Había tenido numerosas exhibiciones en las mejores galerías y museos de arte de su país, había dado clases de fotografía en la Universidad de Búfalo y muchas de sus colecciones se habían editado en libros, incluyendo una selección chilena, con la introducción escrita por Pablo Neruda años antes y algunos de sus poemas. Esta publicación, *Windows that Open Inward: Images of Chile (Ventanas que se abren hacia adentro: Imágenes de Chile)*, publicada en su ciudad de Búfalo, Nueva York, por la Editorial White Pine en 1985, sólo se hizo realidad dieciocho años después de que las fotos habían sido tomadas, y doce después de la muerte del poeta. Por cierto que en el año 2005 el documentalista chileno Luis Rafael Tapia Charme publicó un disco digitalizado (DVD) que contiene entrevistas con algunos de los personajes más sobresalientes de las fotografías que ahora pueden verse en *Nada queda atrás*. Estas conversaciones resultan profundamente conmovedoras frente a las imágenes fijadas en 1967.

Carlos Trujillo ha añadido un estudio magistral a su obra. Se ha adentrado como historiador en el modo como se produjo una colección de alto valor artístico y documental. Comparte con su finado amigo Rogovin la capacidad de inyectar una honda emoción de solidaridad humana a todo lo que escribe. Ojalá que muchos chilenos y latinoamericanos lean este libro, y que pronto exista una traducción al inglés para que se difunda entre los estudiosos de la obra de Milton Rogovin y en general del valor social e histórico de la imagen fotográfica.